

# **La Venganza de D. Mendo**

**Caricatura de Tragedia**

Pedro Muñoz Seca

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2013 Paradimage Soluciones

## **Indice**

Indice .....	3
Prólogo .....	4
Personajes .....	5
Jornada Primera .....	6
Jornada Segunda .....	27
Jornada Tercera .....	48
Jornada Cuarta .....	74

## Prólogo

Obra teatral del gaditano Pedro Muñoz Seca (El Puerto de Santa María, 1879 - Paracuellos de Jarama, 1936), La venganza de Don Mendo se estrenó en el Teatro de la Comedia de Madrid, el 20 de diciembre de 1918, con música del maestro Moreno Torroba, convirtiéndose al instante en todo un éxito como comedia ambientada en la España medieval y como parodia del teatro histórico del modernismo literario español y las convenciones y temas del teatro clásico español del Sigo de Oro.

Gustaron tanto las andanzas del arruinado Don Mendo que su éxito se prolonga hasta nuestros días, y la obra continúa siendo la cuarta más representada de todos los tiempos en España, junto con Don Juan Tenorio, Fuenteovejuna y La vida es sueño. Un reconocimiento que quizás pueda deberse a su pertenencia al género del Astracán o Astracanada, creado precisamente por Muñoz Seca.

Proveniente de Astracán, ciudad rusa del Caspio, este subgénero teatral cómico tremendamente popular en los escenarios españoles durante el primer tercio del siglo XX supuso la salida a la crisis de los sainetes y se basaba en hacer reír incluso a costa de la verosimilitud argumental, apoyándose en gran medida en un lenguaje rico en juegos de palabras y golpes de humor.

Así se aprecia a lo largo de esta alocada y famosa venganza, en la que se nos narra la historia de Magdalena, hija de Don Nuño Manso de Jarama, enamorada de Don Mendo, un noble pobre con quien mantiene relaciones secretas, pero casada finalmente con un rico privado del Rey, Don Pero.

La venganza de Don Mendo, primera entrega de la Serie 'Teatro' con la que la editorial Paradimage nos permite disfrutar de la risa a toda costa en formato electrónico, es una de las más de 130 obras teatrales escritas por Pedro Muñoz Seca, autor perteneciente a la llamada "otra generación del 27", casado con la cubana María de la Asunción de Ariza y Díez de Bulnes y padre de nueve hijos, quien, tras ser arrestado en Barcelona cuando se inició la Guerra Civil Española, acusado de albergar ideas monárquicas y católicas, murió asesinado por milicianos comunistas en la prisión en la que se encontraba recluso en Madrid.

*Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en  
[www.paradimage.com](http://www.paradimage.com)*

## Personajes

Magdalena  
Azofaifa  
Doña Ramírez  
Doña Berenguela  
Marquesa  
Duquesa  
Raquel  
Ester  
Rezaida  
Aljalamita  
Ninón  
Mencías  
Don Mendo  
Don Nuño  
Moncada  
Abad  
Don Alfonso VII  
Bertoldino  
Froilán  
Clodulfo  
Girona  
Don Lupo  
León  
Sigüenza  
Manfredo  
Marcial  
Ali-Faféz  
Don Juan  
Don Lope  
Don Gil  
Lorenzana  
Don Suero  
Aldana  
Don Cleto  
Oliva  
Don Tirso

Damas, pajes 1 y 2, heraldos 1 y 2, tamborilero, pifanero,  
frailes, escuderos, ballesteros y halconeros.

## Jornada Primera

Sala de armas del castillo de don Nuño Manso de Jarama, Conde de Olmo. En el lateral derecha, primer término, una puerta. En segundo término y en ochava, una enorme chimenea. En el foro, puertas y ventanales que comunican con una terraza. En el lateral izquierda, primer término, el arranque de una galería abovedada. En último término, otra puerta. Tapices, muebles riquísimos, armaduras, etc. Es de noche. Hermosos candelabros dan luz a la estancia. En la chimenea, viva lumbre. La acción en las cercanías de León, allá en el siglo XII, durante el reinado de Alfonso VII.

Al levantarse el telón, están en escena el  
CONDE NUÑO, MAGDALENA, su hija; DOÑA  
RAMÍREZ, su dueña; DOÑA NINÓN, BERTOLDINO,  
un joven juglar, LORENZANA, ALDANA, OLIVA,  
varios escuderos y todas las mujeres que componen la  
servidumbre del castillo, dos FRAILES y dos PAJES.  
EL CONDE, en un gran sillón, cerca de la lumbre,  
presidiendo el cotarro, y los demás formando artístico  
grupo y escuchando a BERTOLDINO, que en el centro  
de la escena está recitando una trova.

NUÑO.- *(A Bertoldino muy campanudamente.)*

Ese canto, juglar, es un encanto.  
Hame gustado desde su principio,  
y es prodigioso que entre tanto canto  
no exista ningún ripio

MAGDALENA.- Verdad

NUÑO.- *(A Bertoldino.)* Seguid.

BERTOLDINO.- *(Inclinándose respetuoso.)* Mandad.

NUÑO.- *(Enérgico a varios que cuchichean.)* ¡Callad!

BERTOLDINO.- Oid. *(Se hace un gran silencio y recita enfáticamente.)*

Los cuatro hermanos Quiñones  
a la lucha se aprestaron,  
y al correr de sus bridones,  
como a cuatro exhalaciones,  
hasta el castillo llegaron.

¡Ah del castillo! -Dijeron-  
¡Bajad presto ese rastrillo!  
Callaron y nada oyeron,  
sordos sin duda se hicieron  
los infantes del castillo.  
¡Tended el puente!... ¡Tendedlo!  
Pues de no hacerlo, ¡pardiez!,  
antes del primer destello  
domaremos la altivez  
de esa torre, habéis de vello...  
Entonces los infanzones  
contestaron: ¡Pobres locos!...  
Para asaltar torreones,  
cuatro Quiñones son pocos.  
¡Hacen falta más Quiñones!  
Cesad en vuestra aventura,  
porque aventura es aquesta  
que dura, porque perdura  
el bodoque en mi ballesta...  
Y a una señal, dispararon  
los certeros ballesteros,  
y de tal guisa atinaron,  
que por el suelo rodaron  
corceles y caballeros. (*Murmullos de aprobación.*)  
Y según los cronicones  
aquí termina la historia  
de doña Aldonza Briones,  
cuñada de los Quiñones  
y prima de los Hontoria. (*Nuevos murmullos.*)

NUÑO.– Esas estrofas magnánimas  
son dignas del estro vuestro (*Suena una campana.*)

BERTOLDINO.– Gracias, gran señor.

NUÑO.– (*Levantándose solemne.*) ¡Las ánimas! (*Todos se ponen en pie.*)

Padre nuestro... (*Se arrodilla y reza.*)

TODOS.– (*Imitándole.*)

Padre nuestro... (*Pausa. La campana, dentro, continúa un breve instante sonando lastimosamente.*)

NUÑO.– Y ahora, deudos, retiraos,  
que es tarde y no es ocasión

de veladas ni saraos.

Recibid mi bendición.

*(Los bendice.)*

Magdalena y vos, quedaos.

*(Magdalena y doña Ramírez se inclinan y se colocan tras él, en tanto desfila ante el Conde toda la servidumbre.)*

Adiós, mi fiel Lorenzana

y Guillena de Aragón...

Buenas noches, Pedro Aldana.

Descansad... Hasta mañana,

Luis de Oliva... Adiós, Ninón...

*(Quedan en escena el Conde, Magdalena y doña Ramírez. Bueno, el Conde, que ya es anciano, es un tío capaz de quitar, no digo el hipo, sino la hipocondría; Magdalena es una muchacha como de veinte años, de trenzas rubias, y doña Ramírez una mujer como de cincuenta, algo bigotuda y tal.)*

Ahora que estamos solos, oídme atentas.

Necesito que hablemos un instante

de algo para los dos muy importante.

*(Magdalena toma asiento y el Conde la imita, diciéndola sin reproche.)*

Me sentaré, puesto que tú te sientas.

MAGDALENA.— Dime, padre y señor.

NUÑO.— Digo, hija mía,

y al decirlo Dios sabe que lo siento,

que he concertado al fin tu casamiento,

cosa que no es ninguna tontería.

*(Magdalena se estremece, casi pierde el sentido.)*

¿Te inmutas?

MAGDALENA.— *(Reponiéndose y procurando sonreír.)*

¡No, por Dios!

NUÑO.— *(Trágicamente escamado.)* Pues parecióme.

MAGDALENA.— No te extrañe que el rubor mi rostro queme;

de improviso cogióme

la noticia feliz... e impresionéme.

NUÑO.— Has cumplido, si yo mal no recuerdo,

veinte abríles.

MAGDALENA.— Exacto.



NUÑO.– No eres lerda.  
Pues toda la familia está de acuerdo  
en que eres mi trasunto, y si yo soy cuerdo,  
siendo tú mi trasunto, serás cuerda.  
Eres bella... ¿Qué dije? Eres divina,  
como lo fue tu madre doña Evina.

MAGDALENA.– Gracias, padre y señor.

NUÑO.– Modestia aparte.  
Sabes latín, un poco de cocina,  
e igual puedes dorar una lubina  
que discutir de ciencias y aún de arte.  
Tu dote es colosal, cual mi fortuna,  
y es tan alta tu cuna,  
es nuestra estirpe de tan alta rama,  
que esto grabé en mi torre de Porcuna:  
«La cuna de los Manso de Jarama,  
a fuerza de ser alta cual ninguna,  
más que una cuna dijérase que es cama.»

MAGDALENA.– (*Atajándole nerviosamente.*)  
¿Y con quién mi boda, padre, has concertado?

NUÑO.– Con un caballero gentil y educado  
que es Duque y privado del Rey mi señor.

MAGDALENA.– ¿El Duque de Toro?...

NUÑO.– Lo has adivinado,  
El Duque de Toro, don Pero Collado,  
que ha querido hacernos con su amor, honor.

MAGDALENA.– ¿Y te habló con Pero?...

NUÑO.– Y don Pero hablóme  
y afable y rendido tu mano pidióme,  
y yo que era suya al fin contestele;  
y él agradecido besóme, abrazóme,  
y al ver el agrado con que yo mirele  
en la mano diestra cuatro besos dióme;  
y luego me dijo con voz embargada:  
Dígale, don Nuño, que presto mi espada  
rendiré ante ella, que presto iré a verla,  
que presto la boda será celebrada

para que termine presto mi querella... (*Levantándose.*)  
Conque, Magdalena, tu suerte está echada,  
mi palabra dada y mi honor en ella;  
serás muy en breve duquesa y privada;  
no puedes quejarte de tu buena estrella.

MAGDALENA.– Gracias, padre, gracias.

NUÑO.– Noto tu alegría.

MAGDALENA.– Haré lo que ordenas.

NUÑO.– De tu amor lo espero.

MAGDALENA.– Puesto que lo quieres, seré de don Pero.

NUÑO.– Serás de don Pero. (*La besa.*)  
Adiós, hija mía. (*Se va por la puerta de la derecha.*)

MAGDALENA.– (*Aterrada, dejándose caer sin fuerzas en una silla, digo sin fuerzas, porque si se deja caer con fuerza puede hacerse daño.*) ¡Ya escuchaste lo que dijo;...

RAMÍREZ.– Claro está que escuché,  
y sólo a fuerza de fuerzas  
me he podido contener,  
que tal temblor dio a mi cuerpo,  
tal hormiguillo a mis pies,  
que no sé cómo don Nuño  
no lo advirtió, no lo sé.  
¡Casarte tú con el Duque  
siendo amante del Marqués!...  
¡Ser esposa de don Pero  
la que de don Mendo es!...  
¡Si el marqués lo sabe!...

MAGDALENA.– ¡Calla!

RAMÍREZ.– ¡Si el Duque se entera!...

MAGDALENA.– ¡Bien!

RAMÍREZ.– ¡Si al conde le dicen!...

MAGDALENA.– ¡Cielos!

RAMÍREZ.– ¡Y si tú lo ocultas!...

MAGDALENA.– (*Nerviosa, cargada.*) ¡Eh!  
¡Basta ya, doña Ramírez!  
¿No ves cómo sufro? ¡Rediez!

RAMÍREZ.– Muda seré si lo ordenas.  
Si lo mandas, callaré;  
pero ante Dios sólo puedes  
casarte con el Marqués,  
porque al Marqués entregaste  
tu voluntad y tu fe;  
porque te pasas las noches  
en tierno idilio con él;  
porque esa escala maldita  
le arrojaste una vez  
sólo por darle una mano  
y él se ha tomado los pies. (*A un gesto de Magdalena.*)  
No te ofendas, Magdalena,  
mas yo sé, porque lo sé,  
que la mujer que recibe  
en su castillo a un doncel,  
con él se casa, o no tiene  
todo lo que hay que tener.

MAGDALENA.– Me insultas, doña Ramírez.  
No sé cómo en mi altivez  
me contengo.

RAMÍREZ.– Reflexiona  
que lo digo por tu bien.

MAGDALENA.– ¡Pero si ya no le amo;  
si ya no tengo en él fe;  
si es de mi padre enemigo!  
¡Si no sé por qué le amé!

RAMÍREZ.– Él te idolatra.

MAGDALENA.– ¿Qué importa?  
¿Qué puedo esperar de él,  
si carece de fortuna  
y no es amigo del Rey?

No, doña Ramírez, nunca:  
no me conviene el Marqués.  
Quiero triunfar en la corte,  
quiero brillar, quiero ser  
algo que mucho ambiciono.  
¡Quiero serlo y lo seré!

RAMÍREZ.— ¿Pero y don Mendo, señora?

MAGDALENA.— Yo sabré librarme de él.

RAMÍREZ.— ¿Y si don Pero se entera  
de aqueste engaño?

MAGDALENA.— ¿Por quién?

RAMÍREZ.— ¿Y si don Nuño?...

MAGDALENA.— Mi padre  
dio su palabra anteayer  
al de Toro, y yo por fuerza  
le tengo que obedecer. *(Suena dentro un laúd que toca el conocido cuplé de El  
Relicario.)*

RAMÍREZ.— Entonces...

MAGDALENA.— ¡Calla! *(Escucha.)*

RAMÍREZ.— ¡Dios mío!  
¡Esa música!...

MAGDALENA.— ¡El marqués!  
Arroja presto la escala.  
Déjame a solas con él. *(Se sienta pensativa. Doña Ramírez abre una de las puertas del  
foro, se asoma a la terraza y arroja una escala.)*  
Quisiera amarle y no puedo.  
Fue mi amor una mentira,  
porque no es amor, es miedo  
lo que don Mendo me inspira.

RAMÍREZ.— *(Haciendo mutis por la galería de la izquierda.)*  
Pues lo mandan, es razón  
que sea muda, ciega y sorda,  
pero me da el corazón  
que aquí se va a armar la gorda. *(Vase. Por la puerta del foro que deja abierta doña*

Ramírez, entra en escena don Mendo, apuesto caballero como de treinta años, bien vestido y mejor armado.)

MAGDALENA.– *(Yendo hacia él y cayendo en sus brazos.)* ¡Don Mendo!

MENDO.– *(Declamando tristemente.)* ¡Magdalena!  
Hoy no vengo a tu lado  
cual otras noches, loco, apasionado...  
porque hoy traigo una pena  
que a mi pecho destroza, Magdalena.

MAGDALENA.– ¿Tú triste? ¿Tú apenado? ¿Tú sufriendo?  
¿Pero qué estoy oyendo?  
Relátame tus cuitas, ¡oh, don Mendo! *(Ofreciéndole una dura banquetta, bastante incómoda.)*  
Acomódate aquí.

MENDO.– Preferiría  
aquél, de cuero, blando catrecillo,  
pues del arzón, sin duda, vida mía,  
tengo no sé si un grano o un barrillo.

MAGDALENA.– ¡Y has venido sufriendo!

MENDO.– ¡Mucho!... ¡Mucho!

MAGDALENA.– ¿Cómo no quieres, di, que te idolatre?  
Apóyate en mi brazo, ocupa el catre  
y cuéntame tu mal, que ya te escucho.  
*(Ocupa don Mendo un catrecillo de cuero y Magdalena se arrodilla a su lado. Pausa.)*

Ha un rato que te espero, Mendo amado,  
¿por qué restas callado?

MENDO.– No resto, no; es que lucho,  
pero ya ya mi mutismo ha terminado;  
vine a desembuchar y desembucho.  
Voy a contarte, amor mío,  
la historia de una velada  
en el castillo sombrío  
del Marqués de Moncada.  
Ayer... ¡triste día el de ayer!...  
Antes del anochecer  
y en mi alazán caballero

iba yo con mi escudero  
por el parque de Alcover,  
cuando cerca de la cerca  
que pone fin a la alberca  
de los predios de Albornoz,  
me llamó en alto una voz,  
una voz que insistió terca.  
Hice en seco una parada,  
volví el rostro, y la voz era  
del Marqués de Moncada,  
que con otro camarada  
estaba al pie de una higuera.

MAGDALENA.– ¿Quién era el otro?

MENDO.– El Barón  
de Vedia, un aragonés  
antipático y zumbón  
que está en casa del Marqués  
de huésped o de gorrón.  
Hablamos... ¿Y vos qué hacéis?  
Aburrirme... Y el de Vedia  
dijo: No os aburriréis;  
os propongo, si queréis,  
jugar a las siete y media.

MAGDALENA.– ¿Y por qué marcó esa hora  
tan rara? Pudo ser luego...

MENDO.– Es que tu inocencia ignora  
que a más de una hora, señora,  
las siete media es un juego.

MAGDALENA.– ¿Un juego?

MENDO.– Y un juego vil  
que no hay que jugarlo a ciegas,  
pues juegas cien veces, mil,  
y de las mil, ves febril  
que o te pasas o no llegas.  
Y el no llegar da dolor,  
pues indica que mal tasas  
y eres del otro deudor.  
Mas ¡ay de ti si te pasas!  
¡Si te pasas es peor!

MAGDALENA.– ¿Y tú... don Mendo?

MENDO.– ¡Serena  
escúchame, Magdalena,  
porque no fui yo... no fui!  
Fue el maldito cariñena  
que se apoderó de mí.  
Entre un vaso y otro vaso  
el Barón las cartas dio;  
yo vi un cinco, y dije «paso»,  
el Marqués creyó otro el caso,  
pidió carta... y se pasó.  
El Barón dijo «plantado»;  
el corazón me dio un brinco;  
descubrió el naípe tapado  
y era un seis, el mío era un cinco;  
el Barón había ganado.  
Otra y otra vez jugué,  
pero nada conseguí,  
quince veces me pasé,  
y una vez que me planté  
volví mi naípe... y perdí.  
Ya mi peculio en un brete  
al fin me da Vedia un siete;  
le pido naípe al de Vedia,  
y Vedia me pone una media  
sobre el mugriento tapete.  
Mas otro siete él tenía  
y también naípe pidió...  
y negra suerte la mía,  
que siete y media cantó  
y me ganó en la porfía...  
Mil dineros se llevó,  
¡por vida de Satanás!  
Y más tarde... ¡qué sé yo!  
de boquilla se jugó,  
y se ganó diez mil más.  
¿Te haces cargo, di, amor mío?  
¿Te haces cargo de mis males?  
¿Ves ya por qué no sonrío?  
¿Comprendes por qué este río  
brota de mis lagrimales? (*Se seca una lágrima de cada ojo.*)  
Yo mal no quedo, ¡no quedo!  
¡Quién diga que yo un borrón  
eché a mi grey que alce el dedo!...  
Y como pagar no puedo

los dineros al Barón,  
para acabar de sufrir  
he decidido... partir  
a otras tierras, a otro abrigo.

MAGDALENA.– (*Ocultando su alegría.*)  
¿Qué me dices?... ¿Vas a huir?

MENDO.– Voy a huir, pero contigo.

MAGDALENA.– ¿Perdiste el juicio?

MENDO.– No tal.  
Resuelto está, vive Dios.  
Y si te parece mal,  
aquí mesmo, este puñal (*Saca un puñal enorme.*)  
nos dará muerte a los dos.  
Primero lo hundiré en ti,  
y te daré muerte, sí,  
¡lo juro por Belcebú!  
y luego tú misma, tú,  
hundes el acero en mí.

MAGDALENA.– (*Ocultando su miedo.*)  
Es que tú puedes pagar  
con algo... que alguien te preste...  
y luego para medrar  
puedes partir con la hueste  
que organiza el del Melgar.  
Y yo aquí te aguardaría  
y al Conde prepararía,  
y al volver de tu cruzada  
nuestra unión sancionaría.

MENDO.– ¡Calla!

MAGDALENA.– ¡Sí!... ¿Qué piensas?

MENDO.– ¡Nada!

MAGDALENA.– ¡Salvado, don Mendo, estás!  
Pagas las deudas, te vas,  
luchas, vences y al regreso  
loca de amor me hallarás  
aquí.



MENDO.– ¡Nunca!... ¡Nunca!...

MAGDALENA.– ¿Y eso?

MENDO.– Porque... ¿cómo a pagar voy?

MAGDALENA.– ¿Cómo? (*Se dirige a un mueble y saca un estuche de orfebrería.*)

Si ya tuya soy

y lo mío tuyo es... (*Le da el estuche.*)

este collar que te doy

has de aceptarlo, Marqués.

MENDO.– ¡Dios santo!

MAGDALENA.– Ve mi intención,

de rodillas te lo ruego,

véndelo, paga al Barón,

tu honor salva, y parte luego

a unirme al rey de Aragón.

MENDO.– (*Dudando.*) Es que...

MAGDALENA.– Todo está arreglado.

MENDO.– Pero mi honor...

MAGDALENA.– No comprendo...

MENDO.– Temo que algún deslenguado

lo sepa, y diga: don Mendo

es un vil y un desahogado,

que se pizca de aprensión

aprovechó la ocasión

que él creyó propicia y obvia

y pagó a cierto Barón

con alhajas de su novia.

Y me anulo y me atribulo

y mi horror no disimulo,

pues aunque el nombre te asombre

quien obra así tiene un nombre,

y ese nombre es el de... chulo.

MAGDALENA.– ¡Basta, don Mendo!

MENDO.– ¡No!... ¡No!

MAGDALENA.– *(Trágica.)* ¡O aceptas ese collar  
que mi mano te donó,  
o tú no me has de matar,  
pues he de matarme yo! *(Ruido de espadas que chocan entre sí.)*

MENDO.– ¡Calla!

MAGDALENA.– ¿Qué es eso?... ¡Dios santo!...

MENDO.– Al pie de este torreón  
alguien riñe con tesón...

RAMÍREZ.– *(Entrando en escena asustadísima.)*  
¡Ay, Magdalena! ¡Qué espanto!...

MENDO.– ¿Qué ocurre?

RAMÍREZ.– *(A Magdalena.)* ¡Salva tu honor!  
Un rufián o un caballero  
a vuestro fiel escudero  
ha puesto en fuga.

MAGDALENA.– ¡Qué horror!

RAMÍREZ.– ¡Y diciendo no se qué,  
por la escala está subiendo!

MAGDALENA.– ¡Tú tienes mi honor, don Mendo!

MENDO.– Pues ten en mi espada fe.  
Y de ese honor al conjuro,  
juro que morir prefiero  
a delatarte, lo juro  
por mi fe de caballero *(Se van por la izquierda doña Ramírez y Magdalena. Pausa. Don Mendo desenvaina su espada y se emboza.)*  
¡Por vida!... Si hay que luchar  
y luchar habrá, si hay quien luche  
puede estorbarme el estuche...  
el estuche del collar. *(Arroja el estuche al suelo y se cuelga el collar del brazo.)* *(Por el fondo, y también embozado, entra don Pero, por una de las ventanas, y se detiene al ver a don Mendo.)*  
¿Quién se acerca inoportuno?

PERO.– ¡Uno!

MENDO.– ¿Sabe qué suerte le cabe?

PERO.– ¡Qué sabe! (*Saca la espada.*)

MENDO.– ¿Y qué le impulsó a subir?

PERO.– ¡Reñir!

MENDO.– ¿Dijo reñir o morir?

PERO.– Reñir y matar si cabe,  
que entró por ese arquitebre  
uno que sabe reñir.

MENDO.– Morirás, ¡rayos y truenos!

PERO.– ¡Menos!

MENDO.– Que mi espada vidas roba.

PERO.– ¡Coba!

MENDO.– ¿Eres juglar o escudero?

PERO.– ¡Caballero!

MENDO.– Entonces con más esmero.

PERO.– Pues entonces presto a reñir,  
que no os tenga que decir  
menos coba, caballero.

MENDO.– Decid cuál es vuestro nombre.

PERO.– ¿Mi nombre queréis? ¡Pardiez!  
Pues... un hombre.

MENDO.– ¿Solo un hombre?

PERO.– Uno que vale por diez.

MENDO.– ¡Vive el cielo!... ¡Venga el duelo!...

PERO.– ¡Vive Dios!... ¡Aunque sean dos!...

MENDO.– Habéis de medir el suelo.

PERO.– Habéis de medirlo vos.

MENDO.– ¡Por mi dama! ¡Vive el cielo!...

PERO.– ¡Por mi dama! ¡Vive Dios!... *(Cruzan las espadas y se acometen fieramente. Dentro gritan pidiendo socorro Magdalena y doña Ramírez.)*

MENDO.– *(Haciendo alto y mirando hacia ambos laterales temerosamente.)*

*(Voces, ayes, luces, ruido...  
si me ven, está perdida  
y yo con ella perdido...  
Hay que buscar la salida...)  
¡Paso franco!*

PERO.– *(Gritando.)* ¡Ah de la casa!

MENDO.– ¡Paso!

PERO.– Lo impide mi acero.

MENDO.– ¡Paso digo, caballero!

PERO.– Yo digo que no se pasa.

MENDO.– ¡Por favor!...

PERO.– ¡No hay compasión!  
No salís, lo he decidido.

MENDO.– *(Desesperado.)* ¡Y si vienen!... ¡Sí! ¡Estoy perdido!  
¡Paso!

PERO.– ¡Nunca!

MENDO.– ¡Maldición! *(Se emboza y queda con la espada desnuda en el centro de la escena. En el foro, también embozado y espadí-desnudo, queda don Pero. Por las distintas puertas y galerías entran todos los personajes que había en escena al comenzar el acto. Vienen muchos de ellos con armas y otros con hachones encendidos. Magdalena se presenta con el pelo suelto, como si se acabara de levantar, y sostenida por doña Ramírez.)*